



# TV.

Jaume Genover

## Violencia contra sexo Una política infantil

La política que TVE sigue en sus programas infantiles se caracteriza por su absoluta inexistencia. Se programa con una mentalidad de puro trámite, para salir del paso y llenar una serie de horas. El contenido de estas horas es lo que menos parece interesar a los responsables de la programación.



La guerra, un espectáculo apto para todos los públicos

Sin entrar en detalles sobre esta serie de programas infantiles en teoría, y dejando aparte el hecho de que al mínimo partido de fútbol o campeonato de petanca desaparecen sin más, nos hemos fijado especialmente en el único espacio cinematográfico que, siempre en el plano de la teoría, está dirigido especialmente al público infantil. Nos referimos a la «Primera sesión» de los sábados, ya que si bien no está incluido dentro de la programación infantil, el carácter de «aptos» que tienen siempre los films da a entender claramente cuál es su destinatario a los ojos de los programadores. Pero, como siempre, nos encontramos ante la curiosa concepción de lo «apto» que las mentes pudibundas del país han mantenido durante siglos. Es decir, aquella según la cual el único elemento pecaminoso a eliminar es el sexo en cualquiera de sus manifestaciones. La violencia en cualquiera de sus formas, por lo visto sí es adecuada y saludable para nuestros niños.

Todo esto viene a cuento porque desde el mes de junio hasta hoy se han emitido, por ejemplo, cuatro films no ya bélicos, sino belicistas: «Comandante Prien U-47», «Escuadrilla heroica», «Escuadrón 633» y «Emboscada en la bahía». Esto constituye un veinte por ciento del total de films proyectados. La lista podría ampliarse con tres

westerns y otros tantos films con las aventuras del planeta de los simios, con lo que llegaríamos a un cincuenta por ciento de films emitidos en la sobremesa sabática cuya temática es la violencia.

Cierto es que también se han emitido films estrictamente infantiles —aunque de dudosa calidad— y otros cuyo contenido en este aspecto es neutro. Pero lo grave sigue siendo este porcentaje, porque refleja toda una mentalidad educativa en la que el sexo debe proibirse hasta el nivel de alusiones, e incluso el educacional, pero en cambio la violencia puede utilizarse indiscriminadamente, y hasta nos atreveríamos a asegurar que se considera que llega a tener un valor pedagógico.

En este Año Internacional del Niño, del que TVE sólo se ha acordado para encargar un invento a Lazarov que —para más INRI— se emitió el año pasado, comprobamos por vía televisiva la inutilidad e ineficacia de estos Años tan bienintencionados. Porque para los señores de Prado del Rey, los niños no son más que unos consumidores potenciales de los más abyectos productos, con cuya publicidad se les bombardea incansable y despiadadamente. El proyecto educativo que propone TVE es una escalada consumista hasta niveles de alienación.

Fotogramas,

21-10-79  
nº 1617

Jaume Melendres

## De Arniches al Lliure Centrolandia

Las representaciones de una obra de Carlos Arniches en Barcelona con actores distintos a los que la estrenaron en Madrid —o sea, suplentes—, puede dar lugar a una sustanciosa reflexión sobre lo que significa ser espectador en provincias, sin pasar por alto el fenómeno de la acogida negativa que un teatro de provincias, como el Lliure, ha recibido en Madrid por parte de determinado sector.

Título: «La venganza de la Petra»

Autor: Carlos Arniches

Estreno: Teatro Barcelona, 13-9-79.

Presenta: Compañía Inestable Madrileña (CIM).

Intérpretes: A. Ortega, A. M. Morales, M. Elías, F. Hurtado, P. Fernández, P. Martín, M. Martín, J. M. Resel, J. Montoya.

Decorados y ambientación: Antonio Mingote.

Vestuario: Peris.

Dirección: José Osuna.

Al cabo de diez minutos de representación, uno empieza a preguntarse por qué diablos la Petra ha venido a vengarse a Barcelona.

No es que me parezca mal que se pongan aquí obras de Arniches. Don Carlos es todavía un señor muy respetable. Se dedicó a copiar a sus contemporáneos, pero lo hizo con una cierta dignidad. Compensó sus grandes deficiencias imaginativas con un suplemento de color local —tal como decían los románticos— y dio carta de naturaleza a un género que no tiene traducción en lengua alguna: el sainete. Tuvo momentos brillantes y otros menos afortunados. Entre los últimos está «La venganza de la Petra», construida con el argumento más manido del mundo: la esposa que simula la infidelidad para recobrar los favores de un marido cuya infidelidad es perfectamente real. La moraleja es encanta-

dora: a la mujer se le concede la posibilidad de adulterios mentales, por otra parte no deseados, y al marido el beneficio de los verdaderos. Pese a sus pretensiones moralizantes, este argumento constituye, siempre, una incitación al adulterio masculino.

Pero esc es lo de menos. Lo importante es que se trata de una obra flojísima, representada del mismo modo. Dice la publicidad que en Madrid la gente se reía sin parar. Aquí no se ríe ni este público tan benévolo, tan predispuesto, que suele acudir al teatro Barcelona. ¿Por qué? En cualquier caso, este pseudo casticismo puede que encuentre algún eco en las cercanías de Callao, pero no lo encuentra en el corazón de Barcelona. La cultura no es una acumulación de conocimientos, sino un problema de sensibilidad. Eso los empresarios de paredes debieran saberlo porque, al fin y al cabo, trabajan en cosas de cultura.

Y también hay algo que debieran saber los empresarios de compañía de la capital: ser provincia es muy duro, hemos soportado esa condición durante años y creíamos que eso iba a cambiar. Pues no. A Barcelona (y me imagino que lo mismo ocurrirá en otras plazas) nos mandan una compañía que nada tiene que ver con la que se presentó en Madrid. Ignoro si son mejores o peores. Sólo sé que son totalmente distintos. El Real Madrid se



# TEATRO

José Antonio Gabriel y Galán

## Entre Broadway y Benavente De la nada a la más absoluta miseria

porta más caballerosamente cuando viene al Camp Nou: nos manda el equipo titular, con todas sus figuras nacionales o importadas.

En otras palabras, aquí tenemos derecho a otro espectáculo. Porque creer que una compañía, por el mero hecho de llevar el mismo nombre, el mismo texto y el mismo director seguirá dando el mismo espectáculo aunque todos los actores hayan sido cambiados no sólo es una ofensa para los provincianos, sino, ante todo, para los mismos actores. El actor deja de ser considerado como lo que debiera ser, un creador, y se convierte en un bien fungible, es decir, perfectamente sustituible. En un actor-objeto.

¿Qué se diría en Madrid si el Teatre Lliure, por ejemplo, hubiese llevado a sus reservas? Incluso suponiendo que tales reservas fuesen mejores, alguien habría pronunciado la palabra estafa, y con razón. O tal vez no, porque algunos ya han insinuado que querían ver en Madrid a otro Lliure. Mandar a Barcelona compañías de segunda división es un acto, consciente o no, de centralismo cultural que encuentra su complemento lógico en esa otra actitud que consiste en querer transformar lo que viene de provincias según los usos y costumbres del centro. A algunos les ha molestado mucho que el Teatre Lliure fuese catalán y han pedido para otros viajes, su castellanización. Es el caso, por ejemplo, de Eduardo Haro Tecglen. El crítico de «El País» firma un escrito en el programa de mano del Centro Dramático Nacional que lleva el título «Vocación y profesión en el Teatro Libre (el subrayado es mío) de Barcelona». ¿Si actuase en Madrid —vamos a suponer— el Berlín Ensemble, se atrevería Haro Tecglen a poner «Conjunto Berlínés»? ¿O «Teatro viviente» en vez de Living Theatre? ¿O «Pequeño de Milán» en vez de Piccolo de Milano?

La cosa no acaba aquí. En «El País» del pasado domingo, tras los elogios de rigor, Haro Tecglen pide que, la próxima vez el Lliure vaya a Madrid con montajes en lengua castellana. Tampoco hubiese osado, seguramente, exigir esto a Grotowski, o a Ronconi, o a Peter Brook. Al Lliure sí. Bueno, ¿acaso no saben hablar en castellano? Pues que lo hagan.

En definitiva, Haro Tecglen está pidiendo —llevado por un centralismo reflejo— lo mismo que nosotros no queremos: la adulteración de los productos culturales. Porque el crítico de «El País» debiera saber que el Lliure actuando en castellano (o en francés, o en inglés) no sería el Lliure, sino un pálido reflejo de sí mismo. Basta con conocer un poco lo que significa interpretar para darse cuenta de este hecho elemental.

La autonomía es la diferencia, e intentar reducir la diferencia significa impedir la real autonomía y empobrecer la cultura.

«Salvar a los delfines» supone la reaparición de Amparo Rivelles en un vehículo «de salón» que sirve para su lucimiento personal y demuestra que, además de los delfines propiamente dichos, es la veterana actriz la que se salva del último invento de Santiago Moncada.

«Salvar a los delfines»

Autor: Santiago Moncada

Director: José Luis Alonso

Intérpretes: Amparo Rivelles, Angel Picazo,

Victor Valverde, Cristina Galbó, Kunio Kobayashi.

Teatro Infanta Isabel

La ventaja de «Salvar a los delfines», de Santiago Moncada, es que es una obra escrita directamente en español, con el consiguiente ahorro de un traductor y un adaptador. Porque esta comedia es muy parecida a las que con harta frecuencia nos traen de Londres o de Broadway. Nos hemos ahorrado unas cuantas divisas.

Pero junto a este carácter internacionalista o cosmopolita, la comedia de Santiago Moncada tiene, como ha señalado algún crítico, unos curiosos tintes benaventinos. Esa alta comedia de don Jacinto que se desarrolla en salón de hogar burgués, donde personajes vestidos de fiesta sueltan parrafada tras parrafada desgranando ingenio verbal de más o menos quilates. Santiago Moncada demuestra en esta obra ser un hábil constructor de diálogos. Le salen bien, espontáneos, hilados, llenos de frecuente agudeza. Pero ser un buen dialoguista no significa ser un buen autor de teatro. Esa es sólo una de las facetas del quehacer escénico. Además, y sobre todo, está lo que convencionalmente entendemos por «acción». (¡Qué inmensa simplificación decir que una obra teatral se compone de acción más diálogos! Pero valga para entendernos en este momento.)

El caso es que Moncada no parece dotado para el «teatro». Sus obras son una sucesión de diálogos entre parejas, con una pobreza de recursos escénicos, de imaginación teatral, con una superficialidad generalizada verdaderamente pavorosa. En esto se parece al peor Benavente, si bien en «Salvar a los delfines» no cae en «literatura lírica» ni en filosofías de andar por casa. Aquí realmente el diálogo es limpio y eficaz. Al servicio de nada. Porque detrás de ese ir y venir verbal no hay nada. Vaciedad de alta comedia tópica. Enfrentamiento generacional dentro de un marco falso y oportunista. Se trata de hacer gracia («gracia de salón») a toda costa, utilizando los instrumentos característicos del teatrillo burgués: el humor selecto y la nostalgia.



Amparo Rivelles

Veamos el contenido de «Salvar a los delfines». Un matrimonio separado se reúne al cabo de siete años con motivo de la llegada de su hija y el novio de ésta. Lo que se dice este matrimonio en su reencuentro carece de interés, su explicación de las «miserias cotidianas» es lamentable. Y luego tenemos el contrapunto de la hija y su acompañante que resulta ser un tailandés adepto del zen. Con lo cual ya hay tela para llenar el segundo acto: enfrentamiento entre el mundo materialista y sexualmente obsesivo de los padres, y el virginal, puro y ecologista de los chicos. Una coña. Todo ello, como digo, siguiendo los más estrictos cánones de la falsedad, de lo trivial. De la nada a la más absoluta miseria. ¿Qué diablos puede importarnos que el tailandés y la niña se vayan a las islas Feroe a evitar la matanza de delfi-

nes y que tal sea su objetivo en la vida?

Pero también ocurre que para dar vida a este texto se cuenta con un buen grupo de intérpretes convencionales. El mayor peso corresponde a Amparo Rivelles que realmente está muy bien, con una personalidad sólida y un dominio de la presencia escénica capaz de salvar la vacuidad de su personaje. Sobresaliente para la reencuentrada buena actriz española. Los demás cumplen con eficacia su trabajo, que no es poco tener que dar vida a tales muñecos. José Luis Alonso dirige el tinglado en la misma línea de eficacia.

Y he aquí cómo, gracias a un diálogo hábil y a una Amparo Rivelles en plena exhibición, el público responde, llena el teatro e incluso se lo pasa bien.